

LA FASCINACIÓN DE LA SABIDURÍA

Hay fragmentos, hay libros enteros de la Biblia que se plantean una cuestión que, desde siempre, ha acuciado al ser humano: ¿Cómo vivir bien? ¿En qué consiste el arte de vivir que llamamos sabiduría? Esta es la tradición sapiencial. Para el autor del presente artículo, el movimiento sapiencial en el AT no es rectilíneo. Como la misma vida, lleva el conflicto en su seno. De ahí que si, en un primer momento, se elaboran guiones de socialización para enseñar a vivir bien, dichos guiones aparecen más tarde como inadecuados, son cuestionados e incluso rechazados y por fin superados e integrados en una síntesis superior, que a su vez queda abierta. Para el autor, no está de más preguntarse: ¿Tiene algo que decir la tradición sapiencial al hombre y a la mujer postmodernos?

La fascinación de la sabiduría: armonías y conflictos, Sal Térrea 83 (1995) 843-857.

Tras siglos de ostracismo, la tradición sapiencial ha obtenido carta de ciudadanía en la investigación bíblica. Hasta hace poco, casi todo el campo de la investigación bíblica estaba ocupado por el Pentateuco y el profetismo. Pero el cansancio y el pesimismo hizo presa en los investigadores, que volvieron sus ojos a esa parcela casi yerma del AT. Su postura humanista, su afán de tomar en serio el ser humano en sus encrucijadas diarias y su talante universalista han sido celebrados en numerosos estudios publicados durante las tres últimas décadas.

Ante todo conviene hacer una precisión terminológica. No es exacto hablar de literatura sapiencial como si abarcara todas las manifestaciones del fenómeno sapiencial israelita. Estudios recientes han evidenciado que tanto en el Pentateuco y en la historia deuteronomística (que abarcaría desde Dt hasta 2R) como en los profetas y en los salmos abundan elementos formales y temáticos sapienciales. Por esto resulta más correcto hablar de *tradición sapiencial*, que se ha plasmado *prioritariamente* en los cinco libros siguientes: Pv (Proverbios), Jb (Job), Qo (Qohélet o Eclesiastés), Si (Sirácida, Ben Sira o Eclesiástico), Sb (Sabiduría).

La pregunta que ahora se plantea es; ¿qué características debe presentar un texto para que podamos definirlo como *sapiencial* ?

Naturaleza de la sabiduría bíblica

Para situar el fenómeno sapiencial israelita hay que recurrir a los conceptos de *orden* y de *socialización*.

1. *Orden*. El israelita se autocomprendía dentro de un todo ordenado, del que formaba parte tanto el cosmos como el mundo inmediato, experimentado personal y socialmente. Ciertamente existían fuerzas negativas que, como trasunto del caos primordial, eran capaces de poner en peligro dicho orden. Así se entiende el sentimiento de inseguridad que experimentaba el hombre del AT ante fenómenos como las tormentas, los terremotos, las sequías, etc. Dios creó el cosmos a partir de su victoria sobre el caos primordial y de la separación de los distintos elementos de la naturaleza (Gn 1). Pero

esas fuerzas negativas constituían una amenaza potencial. La realidad cósmica corría el peligro de volver a ser engullida en el caos primordial. Todos esos elementos mitológicos pueden ser rastreados en el Salterio. Esta situación exigía del ser humano un esfuerzo por descubrir el orden y por amoldar a él su vida personal y social.

Para superar esos peligros se imponía establecer un orden social que fuese un reflejo del orden cósmico. El israelita percibía su destino como indisociablemente unido al del cosmos. Por esto una quiebra en el orden social podía repercutir en el orden cósmico. De ahí que en los salmos se describan quiebras psicológicas con imágenes de cataclismos. Y que los profetas recurran constantemente a elementos caóticos (trastornos cósmicos, aniquilación, guerras) cuando critican el desorden social. Existe una correlación casi perfecta entre orden cósmico y orden social. El orden cósmico tiene un garante divino: Yahvé. El orden social tiene un garante cuasi-divino: el rey. Como representante de Dios, el rey ha de preservar el orden social, lo cual implica respeto de los derechos ciudadanos y defensa de los más débiles.

El israelita se autocomprendía dentro de esos órdenes. Se esforzaba en adoptar una actitud que le permitiera vivir seguro, sin sobresaltos, o sea: *sabiamente*.

2. *Socialización*. Desde su más tierna edad, el israelita era educado para que *conociese* las dificultades con las que podía encontrarse en la vida y los derechos de los demás a llevar una vida ordenada. Ese conocimiento debía ir acompañado de una acción oportuna, meditada y práctica. La capacitación del niño para que llegase a ser un adulto justo y *sabio*, respetuoso de su dignidad y de la de los demás, se obtenía en Israel sobre todo gracias al cultivo del proverbio. Para alcanzar la meta deseada de la *socialización*, se requería disponibilidad, método y (auto)disciplina. Si la socialización daba resultado, nos encontrábamos con una persona sabia y justa. Si fracasaba, el resultado era un hombre *necio* (incauto, imprudente) e *injusto* (malvado, díscolo). Los representantes bíblicos más importantes de la tradición gnómica o de proverbios son: Pv 10-29 y amplias secciones de Si. Los proverbios abordan la temática social más variopinta: actitud ante el padre y la madre, amistad, urbanidad, dinero, préstamo, mujeres, hipocresía, riñas, venganza, etc. Se trata siempre de un aprendizaje que conduzca a la autorrealización. El ser humano ha de aspirar a ser feliz, a llevar una buena vida y una vida buena. Para ello ha de contar con un *guión social* que facilite la consecución de esta meta.

3. Tras esta breve panorámica, podríamos definir así la *sabiduría bíblica*: La actitud y el método conducentes a la autorrealización personal, tanto en la esfera humana como en la profesional. Esa autorrealización se expresaba en términos de relación con el mundo, con los demás y con Dios. De ahí resultan como tres tipos de sabiduría:

a) La *sabiduría de la naturaleza*, que se orienta hacia el estudio de los mecanismos del orden cósmico y da como resultado la *onomástica* o ciencia de los nombres, que cataloga los seres y los fenómenos observados de la naturaleza. Se trata de un tipo de quehacer más bien secular, cultivado en escuelas de sabios, casi siempre bajo el patrocinio de la corte. La cultura sapiencial egipcia nos ha legado varios ejemplos. En cambio, en la Biblia sólo en Job 38-39 descubrimos algunos rastros.

b) La *sabiduría social* está representada fundamentalmente por la literatura de proverbios. Cultivada sobre todo en familia (véase Pv 25, 1), fue recopilada en las

escuelas palaciegas. Si el orden social pretende ser un trasunto del orden cósmico divinamente establecido, no cabe hablar del carácter puramente secular de la sabiduría social.

c) La *sabiduría teológica* se ajusta a la necesidad de responder a la aparente inadecuación entre la acción sabia y justa y sus resultados individuales y sociales, que redundarían en desprestigio de la justicia divina.

De lo dicho se deduce que la tradición sapiencial implica no sólo armonías, sino también conflictos. Sabio es ciertamente el que busca la autorrealización en la puesta en práctica del orden social. Pero lo es también la persona que busca ese orden sin encontrarlo (Pv 30,1-4) o incluso milita en contra (Qoh 1,4-11).

Descubramos ahora la naturaleza de la sabiduría en sus representantes.

La elaboración del guión social: Pv 10-29

Pv 10-29 es la fuente de sabiduría práctica más importante del AT. A lo largo de estos capítulos menudean los binomios antitéticos *sabio-sabiduría* y *necio-necedad* que describen dos actitudes humanas contrapuestas, tanto epistemológicamente -confianza en las posibilidades del conocimiento- como éticamente -disponibilidad para seguir en el guión social-. En este marco se inscribe un *teologúmeno* o *constructo* teológico importantísimo en la tradición bíblica: la *retribución*. A una acción sabia corresponde un resultado favorable y a una *necia*, un resultado pernicioso. Para el israelita, esta relación acción-resultado estaría inscrita en el orden mismo de la antropología individual y social. De ahí que sabio sea sinónimo de justo y *necio*, de malvado. Justicia caracterizaría la actitud del sabio en busca del orden cósmico y el esfuerzo por integrarse eficazmente en él mediante el orden social.

Pv 10-29 proporciona al ser humano un *guión* social: el modo más racional de superar los escollos de la vida a fin de alcanzar la armonía interior y la integración social. A través de proverbios e instrucciones, la sabiduría práctica de Pv 10-29 proporciona al aprendiz de sabio una visión del hombre y del mundo que le faciliten el camino de la realización personal y social.

Pv 10-29 se caracteriza, pues, por el optimismo epistemológico y el pragmatismo ético. Pero estos aspectos no pueden disociarse de la dimensión trascendente: el orden a que aspira el sabio está establecido y tutelado por Yahvé.

La inadecuación del guión social: Job

Junto a esa corriente optimista nos encontramos en la tradición sapiencial con otra corriente crítica, que se centra en la doctrina de la *retribución*. No es la primera vez que en el AT se pone en duda la validez del guión social. ¿Cómo es posible -clama, por Ej., el salmista (Sal 73,2-14)- que el justo sufra y/o que el sinvergüenza prospere? ¿dónde queda la adecuación acción-resultado?

La voz más ferozmente crítica del AT es la voz de Job. Nunca nadie ha estado tan cerca como él de la blasfemia (16,12-14). Job aborrece la vida. Todo da lo mismo: Dios trata igual al inocente que al culpable. Ideas como "orden justo" o "retribución justa de buenos y malos" no son sino mentiras piadosas. Mientras el justo sufre (¡ahí está su caso personal!), los malvados prosperan (21,13).

Job no cree en la retribución y se caracteriza por la impotencia moral: ¿para qué ser buenos, si Dios da por supuesto que no valemos para nada y que somos malos? En realidad el tono sapiencial de Job se centra más en lo ético y teológico que en lo cognitivo y epistemológico. Por esto algunos han negado el carácter sapiencial de la obra, el cual, en todo caso, queda a salvo por el capítulo 28. Por él consta que la sabiduría no es tanto la enseñanza comunicada al joven por su padre en familia o por el maestro en las escuelas de sabiduría, cuanto una magnitud autónoma utilizada por Dios en su tarea creadora (28,23-27). Como sólo Dios la posee, sólo Dios es capaz de distribuirla *como don* a los que le respetan y se apartan del mal (28,28). Por mucho que el hombre se esfuerce, nunca podrá dar con ella. Sólo Dios sabe dónde se encuentra (28,33).

Así, Job se distancia de la postura de Pv 10-29, donde el hombre es invitado a conseguir sabiduría mediante la autodisciplina. Cuando no se veía salida al problema del mal planteado en el libro, en una "visión", invita Dios a Job a pasear por el orden cósmico, a valorarlo y a concluir que quien tiene poder para crear y mantener ese orden es lo bastante sabio para responder a las exigencias del orden personal y social, aunque el ser humano sea incapaz de descubrirlo. El verdadero conocimiento no consiste en escuchar las enseñanzas de terceros, sino en "ver", en experimentar personalmente, el quehacer misterioso de Dios en el cosmos y en la vida personal.

Al criticar de manera demoledora el principio de la retribución, Job ofrece a la tradición sapiencial la piedra angular de su dimensión teológica. De nada sirve la sabiduría humana convencional sin el temor del Señor. La sabiduría práctica de Pv 10-29 se funde en un abrazo con la sabiduría teológica de Job.

El rechazo del guión social: Qohélet

Si Job se debate con el tema de la retribución, pero busca una salida en la alteridad, Qohélet, no se contenta con criticar el guión social, sino que lo niega. La creación no tiene ningún propósito determinado. Toda actividad del cosmos se define por un movimiento repetitivo y monótono sin un objetivo claro (Qoh 1,4-11).

Si el ser humano es incapaz de describir un designio en lo creado, su esfuerzo por conocer y sus afanes éticos carecen de sentido: "Todo es vanidad y caza de viento" (2,17.26; 4,4). Esforzarse por conocer y por actuar en consecuencia es tan inútil como pretender atrapar el viento.

Un mismo destino aguarda al sabio y al necio (2,14; 9,2). Qohélet no niega que Dios ofrezca dones a los seres humanos. El problema radica en que el ser humano no sabe el momento en que Dios va a concederle sus dones, pues su paso por el mundo parece responder a pura arbitrariedad. Si la sabiduría convencional estaba convencida del principio de la acción-resultado y Job planteó sus dudas, Qohélet simplemente lo niega.

El ser humano es incapaz de conjugar *sabiamente* el momento adecuado con la acción oportuna. Hay un tiempo para todo (3,1-8), pero todo está a merced del azar (9,11). Si Dios es generoso, pero el ser humano es incapaz de programar el futuro, la conclusión es clara: aprovecha todas las cosas buenas que te salgan al paso, pues son don de Dios (6,17-18).

Si todo está, de alguna manera, previsto y predeterminado, el esfuerzo cognoscitivo, laboral y ético es inútil. En el mundo todo se repite de forma monótona: nada hay nuevo bajo el sol (1,9; 3,15). El hombre carece, pues, de acicates para la empresa sapiencial. A este pesimismo epistemológico se añade otro de tipo social: la injusticia brota como la mala hierba (3,16; 5,7); los que se esfuerzan en el camino de la sabiduría son menospreciados (9,13-15) y medran los necios. ¿Será el caos social reflejo del sinsentido cósmico?

Si Qohélet rezuma pesimismo y si se encoge de hombros ante el destino del hombre es porque la *perspectiva de la muerte* anula cualquier intento de comprensión. El libro comienza con la constatación de que el tiempo borra el recuerdo de los antepasados (1,11) y se cierra con un poema sobre la vejez, en el que se describen los efectos devastadores que el paso del tiempo causa en el cuerpo. Educado en la teología tradicional, Qohélet no creía en la vida de ultratumba (3,19-21). Si la muerte acaba con todo, ¿a qué viene tanto afán? Habrá que esperar a Sabiduría para recobrar la esperanza.

La reformulación del guión social

Acabamos de ver cuán distinta es la postura y el talante de libros, todos ellos adscritos a la tradición sapiencial. Proverbios rebosa optimismo. El sabio podía estar tranquilo: la doctrina de la retribución le aseguraba un resultado feliz. Desde el polvo en que yacía Job lanza un desafío sin respuesta a la teología retributiva y se refugia en el misterio de Dios para intentar comprender lo incomprensible del sufrimiento inocente. Qohélet va más allá: no confía ni en la vida ni en Dios. ¿No hay más respuesta?

1. *Pv 1-9 y el Sirácida*. Pv 19 ensaya una respuesta decisiva que ha dejado huella en las reflexiones cristológicas. Pv 8 toma partido por una *teologización* de la sabiduría, en la línea de Jb 28. La Sabiduría es la creatura primordial de Dios, llamada a vivir entre los hombres, "disfrutando" con ellos (8,31; 8,22-36). Quien ha sido testigo del arte creacional de Dios puede comunicar al ser humano la clave de comprensión de la realidad. Esta personificación de la Sabiduría tiene un doble objetivo: reivindicar el orden cósmico, defender la sabiduría y la justicia divinas.

Ben Sira va más allá en esta línea. Con un esquema literario que procede por círculos concéntricos, la Sabiduría busca su morada: pasa del cosmos a Israel (24,8), de Israel a Sión (24,10-11), hasta llegar al santuario (24,15) y acaba encarnándose en la *Torá*. El cielo queda así unido con la tierra, la Sabiduría con la Torá. Nos hallamos ante una *nomización* de la Sabiduría. Y más adelante con una *historización* de la misma de corte claramente nacionalista. Ben Sira descubre la presencia de la Sabiduría, encarnada en Israel, en toda una galería de personajes que va desde Enoc al sumo sacerdote Simón, contemporáneo suyo (44-50).

Es así como Ben Sira trata de superar el pesimismo epistemológico y la impotencia moral de Job y del Qohélet. Pero él tampoco cree en la vida de ultratumba. Falta otro eslabón en la cadena de reflexión sapiencial: la apertura al más allá. Contamos para ello con el libro de la Sabiduría.

2. *Sabiduría*. El libro de la Sabiduría vio la luz probablemente en Alejandría. Allí se nutrió de la teología judía y de la filosofía griega. Y así pudo superar el prejuicio de que Yahvé hablaba hebreo. Su autor pretende apuntalar la fe de los judíos de la diáspora y, al mismo tiempo, hacerles participantes, a los no judíos, del conocimiento del Dios verdadero, sin dejar de mostrarles la superioridad de la sabiduría judía sobre la griega.

La antropología de Sb difiere de la bíblica. Se habla como si el hombre fuese un compuesto de cuerpo y alma (1,4) y se habla también de "inmortalidad" (1,15; 15,3), aunque esto no implica la noción griega de inmortalidad del alma. No dejan, con todo, de llamar la atención textos como: "Pero ellos (los justos) esperaban de lleno la inmortalidad". En cambio, Sb no menciona la resurrección de la carne.

Como Pv 1-9, Jb y Si, también Sb recurre a la teología de la creación. Y sigue en la línea de *historización* de la Sabiduría de Ben Sira. Pero, si la historia tenía en éste un tinte nacionalista, en Sb es más teológica: se ciñe al éxodo (10,15-12,27; 16,1-19,22) y presenta una especie de reflexión midrásica sobre las plagas. Al atribuir a la Sabiduría la liberación de Egipto (10, 18), el autor de Sb no trata, sin más, de la relación sabiduría-historia, sino que se centra en la *sabiduría salvífica*.

Por lo que se refiere a la personificación de la sabiduría, hay en Sb un claro progreso respecto a los textos anteriores (Pv 8,22-31; Jb 28, Si 24, 1-22): la Sabiduría personificada aparece aquí como una entidad auténticamente divina. Se discute si nos hallamos ante una hipóstasis de la divinidad o si todo se resuelve en lenguaje poético o figuras retóricas.

Se cierra así el círculo que va de una simple sabiduría humanista y práctica a una sabiduría teológica que, sin negar el imperativo pragmático, subraya la necesidad de apertura a la trascendencia. La sabiduría se convierte en Sabiduría. El temor de Dios funciona como piedra angular de la autorrealización.

A modo de conclusión

¿Tiene algo que decir la sabiduría bíblica al hombre y a la mujer postmodernos?

Hoy el ser humano, especialmente la juventud, o carece de capacidad para descubrir el orden o, simplemente, lo rechaza. Desde eslóganes como "la arruga es bella" hasta la celebración de la "jornada anual del caos" en una ciudad alemana, pasando por la informalidad en el vestir y el culto al ruido, todo parece contribuir a hacer nuestro mundo impermeable a cualquier voluntad de orden. Antiguamente, el desorden quedaba integrado dentro de un orden total. Y así, por ej., los carnavales marcaban una vuelta al caos, pero señalaban, al mismo tiempo, la necesidad de una recreación.

Pero acaso no interpretemos bien la situación actual. De hecho, desde el punto de vista antropológico, la sola búsqueda de sistemas simbólicos constituye un indicio de que se

pretende encontrar una clave capaz de aglutinar una realidad dispersa y cambiante, en una palabra: se va en busca del orden.

En el contexto bíblico, la familia constituía el núcleo básico de transmisión de la tradición sapiencial. Actualmente la familia sólo es una fuente más, y quizás no la principal, de información y formación. Los medios de comunicación, el temprano acceso a la informática, el grupo, llámese pandilla o tribu urbana, proporcionan al niño y al joven otras tantas fuentes de (in)formación.

Nuestra cultura moderna está marcada por la desaparición del refrán. Antes, el refranero constituía una auténtica fuente de sabiduría y autocomprensión y era también una forma peculiar de conocimiento. La desaparición del refrán de la vida diaria ¿no representará una grave pérdida de conocimiento y un daño irreparable para la cultura? El refrán responde a una profunda creencia en el orden, en la relación intercausal que integran la naturaleza y las relaciones humanas. Por otra parte, la prevalencia de la cultura técnica sobre la agrícola ha desembocado en otras formas de relación y de autocomprensión. Por todo ello el adiós al refranero parece inevitable.

¿Qué tiene, pues, hoy que decir la sabiduría bíblica? En general, el hombre y la mujer postmodernos se sentirán más atraídos por Qohélet que por cualquier otro libro sapiencial. Su descarnado realismo, su contenida negación de un proyecto objetivo de orden y su consigna de disfrutar con moderación de los bienes que nos proporciona la vida lograrían hoy muchos adeptos. Y los creyentes no deberíamos escandalizarnos, pues en el Qohélet y en Job está canonizada la duda.

La dispersión de fuentes de información y la multiplicidad de modelos de identidad que se da hoy día no pueden proporcionar una fuente adecuada a la autocomprensión. El educador actual tiene que ayudar a que el educando conozca sus propias posibilidades y elija en consecuencia lo que quiere ser. Ha de aprender a ser *sabio y justo*. *Sabio* es quien llega a conocerse a sí mismo y a lo que le rodea, quien desarrolla su ser-en-el-mundo conforme a ese conocimiento. Este acoplamiento a su autodefinición resulta *justo* en la medida en que se realiza en función del bien comunitario. Si la literatura bíblica sirve aquí de poco, habrá que ensayar nuevos modelos educativos *sapienciales* acordes con el carácter mutable de la cultura contemporánea.

La sabiduría bíblica no puede entenderse desde una perspectiva meramente inmanentista. Sin la dimensión trascendente no puede el ser humano conseguir una auténtica autorrealización. ¿Carece de esta dimensión el hombre moderno? Sinceramente, no. El ser humano está hoy inconscientemente abierto a la trascendencia en gran variedad de actividades: la expresión lúdica, la creación literaria, las manifestaciones artísticas son otros tantos modelos de búsqueda de trascendencia. A este respecto los cristianos caemos en un inveterado error: identificar apertura a la trascendencia con filiación y militancia eclesiales. Y éste no es un camino de sabiduría.

Condensó: TOMÁS CAPMANY